

15 La grandeza del amor de Dios

VARIOS AÑOS ANTES DE SU MUERTE, EL TEÓLOGO KARL BARTH vino a los Estados Unidos de América para dar una serie de charlas. En una de éstas, después de una exposición brillante, un estudiante hizo una de esas preguntas típicamente americanas. Preguntó: "Dígame, doctor Barth, ¿cuál ha sido el pensamiento más grande que ha tenido?". El profesor, ya anciano, se mantuvo largo rato callado mientras pensaba sobre su respuesta. Y entonces dijo con gran sencillez:

Jesús me ama, bien lo sé,
pues la Biblia lo dice así.

¿Si el amor de Dios es lo más grande que hay en el universo, por qué hemos demorado la consideración sobre el mismo hasta este momento? ¿Por qué no comenzamos con el amor de Dios, y luego colocamos todos los demás atributo: de Dios en perspectiva? ¿Por qué lo estamos considerando en el segundo tomo de este volumen, en lugar de tratarlo en el primer tomo que trataba los atributo de Dios en particular?

La respuesta es que, si bien el amor de Dios es importante y grande, no podemos entender ni apreciar el amor de Dios en nuestro estado caído hasta que conozcamos algunas otras cosas sobre Dios y sobre nosotros mismos. Esta: cosas deben necesariamente estar en una secuencia similar a la siguiente primero, nuestra creación a imagen de Dios; segundo, nuestro pecado; tercero la revelación de la ira de Dios contra nosotros por causa de nuestro pecado cuarto, la redención. Si no mantenemos esta secuencia firme en nuestras mente: no podremos apreciar el amor de Dios (y mucho menos maravillarnos de él; como debiéramos. Por el contrario, nos parecerá lo más razonable que Dios debí amarnos. "Después de todo, somos encantadores", pensamos. Sin embargo cuando nos contemplamos, en abierta violación de la justa ley de Dios y bajo la ira de Dios, entonces, el saber que Dios nos ama resulta asombroso. Pablo resalta este hecho cuando escribe: "Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Ro. 5:8).

Esto nos conduce a otro motivo por el cual no hemos podido considerar el amor de Dios previamente. El amor de Dios sólo se ve en toda su plenitud en la cruz de Jesucristo. Las muestras del amor de Dios en la creación y la providencia son algo ambiguas. Hay terremotos tanto como hermosos atardeceres, cáncer y otras enfermedades además de salud. Sólo en la cruz Dios nos muestra su amor sin ambigüedades.

Es por esta razón que es difícil encontrar un versículo en el Nuevo Testamento que nos hable del amor de Dios sin hablar en el mismo versículo o en el contexto inmediato sobre la dádiva de Dios de su Hijo en el Calvario. Juan 3:16 —"Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna"—. Gálatas 2:20 —"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí"— 1 Juan 4:10 —"En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" . Apocalipsis 1:5 —"Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre" . Todos estos versículos que hemos citado mantienen unidos el amor de Dios y la cruz de Cristo. Y, además, se encuentran entre los versículos más importantes sobre ambos temas.

Únicamente después de que hayamos podido apreciar el significado de la cruz podremos apreciar el amor detrás de ella. Al entender esta verdad, Agustín llamó a la cruz "el púlpito" desde donde Cristo predicaba el amor de Dios al mundo.

El amor: la motivación de Dios

Cuando decimos que podemos apreciar el amor de Dios en toda su plenitud únicamente después de haber comprendido las doctrinas de la creación, el pecado, la ira y la redención o sea, sólo cuando nos paramos del lado de la Pascua frente a la cruz debemos ser cuidadosos. Porque el amor de Dios no se origina allí sino que es anterior y mayor a todos estos temas subsidiarios. Si no podemos entender esto, corremos el riesgo de creer que Dios sintió ira hacia nosotros pero que ahora, después de que Cristo murió, su ira se ha transformado en amor. Esto es un error, y está distorsionando el significado de la cruz.

El amor de Dios siempre estuvo detrás de todo: detrás de la creación, detrás de la muerte de Cristo, y (si bien es difícil de comprenderlo) detrás de su ira contra el pecado. ¿Cómo puede Dios amarnos antes y en mayor medida que su ira hacia nosotros y sin embargo todavía permanecer encendida su ira hacia nosotros? Agustín dijo que Dios nos odiaba "en la medida que no somos lo que él nos hizo", mientras que, de todos modos, amaba lo que había hecho y que volvería a hacer de nosotros.¹ Somos reconciliados con Dios, no porque la muerte de Cristo haya cambiado la actitud de Dios hacia nosotros, sino porque el amor de Dios envió a Cristo para que abriera el camino, quitando del medio, y para siempre, al pecado que obstruía la realización de su amor.

C. S. Lewis, hacia el final de su tratado, *The Four Loves* ("Los cuatro amores"), expresa esta idea con claridad.

No debemos comenzar con el misticismo, con el amor de la criatura hacia Dios, o con las maravillosas pruebas del cariño de Dios derramada hacia algunos en su vida sobre esta tierra. Debemos comenzar en el verdadero principio, con el amor como la energía divina... Dios, que nada necesita, en su amor hizo que existieran unas criaturas completamente superfluas para que las pudiera amar y perfeccionar. Crea el universo, ya previendo ¿o debiéramos decir "viendo"? no se puede hablar con tiempos verbales con respecto a Dios la nube de moscas zumbando alrededor de la cruz, la espalda azotada contra el tronco rugoso, los clavos atravesando los nervios mesiánicos, los ahogos que se suceden mientras el cuerpo se dobla, la tortura infligida vez tras vez sobre los brazos y las piernas que son estirados, para facilitar la respiración. Si se me permite usar una imagen de la biología, Dios es el "portador" que deliberadamente crea sus propios parásitos; la causa que nos hace ser para que lo explotemos y "tomemos ventaja" de él.²

La ira ha intervenido para ocultarnos el amor de Dios, pero cuando la ira es quitada de en medio podemos ver su amor, que ya estaba allí, y nos atrae hacia él.

Un gran amor

¿Qué podemos decir sobre el amor de Dios para con sus criaturas, un amor que no sólo las creó, sino que las redimió y las guardó para una eternidad en comunión con él? Sin duda, nada que podamos decir podría abarcar la medida de su amor. El amor de Dios siempre será infinitamente más profundo que la conciencia que tengamos de él o de cómo lo expresemos.

La Biblia es muy sencilla cuando habla sobre el amor de Dios, y una de las cosas simples que dice es que el amor de Dios es un gran amor. "Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó..." (Ef. 2:4). Juan 3:16 implica lo mismo con la frase de tal manera: "Porque de tal manera amó Dios al mundo que...". Significa: "Dios amó tanto al mundo que...". Por supuesto, cuando Dios dice que su amor es grande no está usando esta palabra de la misma manera que la usamos nosotros cuando decimos que algo relativamente normal es grande —un gran concierto, una gran cena, o algo similar. Dio: es un maestro en el arte de subestimarse. Cuando dice que su amor es un gran amor en realidad está diciendo que su amor es estupendo, tanto que trasciende nuestras ideas de grandeza y nuestro propio entendimiento.

Una persona cierta vez imprimió Juan 3:16 de manera que pudiera expresar de alguna forma esta idea. Ordenó las partes del versículo de manera tal que fuera evidente la grandeza de todas sus partes. De la siguiente manera:

Dios,	el Amante más grande
de tal manera amó,	la medida más grande
al mundo,	la compañía más grande
que ha dado,	el acto más grande
a su Hijo unigénito,	el regalo más grande
para que todo aquel,	la oportunidad más grande
que en él,	la atracción más grande
cree,	la simplicidad más grande
no se pierda,	la promesa más grande
mas,	la diferencia más grande
tenga,	la certeza más grande
vida eterna,	la posesión más grande

El título era: "Cristo —el regalo más grande".

Una manera aun mejor de reconocer la grandeza del amor de Dios es ver como los escritores bíblicos posiblemente inventaron, o al menos elevaron a niveles nuevos, una nueva palabra para el amor —tal era la necesidad que tenían de un superlativo que expresara el singular amor que habían descubierto a través de la revelación bíblica.

La lengua griega es rica en palabras para el *amor*. La primera de las palabras del griego antiguo es *storgé*. Se refiere al afecto en general, en especial dentro del entorno familiar. El equivalente castellano más cercano sería "querer". Los griegos dirían: "Amo (quiero) a mis hijos".

La segunda de las palabras griegas es *philia*, de donde provienen las palabras *filantropía* y *Filadelfia*. Se refiere a la amistad. Jesús utilizó esta palabra cuando dijo que el "que ama a su padre o madre más que a mí, no es digno de mí" (Mt. 10:37). La tercera palabra griega es *eros*, la palabra para el amor sensual. De esta raíz proviene la palabra *erótico*. Esta palabra había sido tan desvalorizada en los tiempos del Nuevo Testamento que nunca se la utiliza en la Biblia, si bien los escritores bíblicos hablaron bien del amor sexual.

Sin embargo, cuando se tradujo el Antiguo Testamento al griego y cuando los escritores del Nuevo Testamento escribieron en griego, se encontraron con que ninguna de estas palabras era adecuada para transmitir el verdadero concepto bíblico. Tomaron otra palabra completamente distinta, una sin fuertes asociaciones, y la usaron casi exclusivamente. Había sido muy poco utilizada con anterioridad. Fue así que la pudieron llenar con un carácter enteramente nuevo. Al hacerlo, crearon una palabra que con el tiempo transmitió el tipo de amor que ellos querían: *agapé*.

Era vaga, pero podía serlo y de hecho transmitía las ideas correctas. ¿Ama Dios con un amor justo y santo? Sí. Ese amor es *agapé*. ¿El amor de Dios es soberano, eterno y lleno de gracia? Sí, también. "Con amor eterno te he amado" le dijo Dios a Jeremías (Jer. 31:3). Ese amor es *agapé*. Así fue como *agapé* se convirtió en la palabra suprema para hablar del amor de Dios, un nuevo amor revelado inicialmente por Dios a través de judaísmo, y luego develado en toda su plenitud en Jesucristo a través del cristianismo bíblico.

Un amor inagotable

Segundo, la Biblia nos enseña que el amor de Dios es infinito. Esto no es lo mismo que decir que el amor de Dios es un gran amor; la diferencia está en que nunca se puede agotar. No es posible gastarlo, ni comprenderlo completamente. Pablo expresa esta idea cuando ora por aquellos a quienes les escribe para que "seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (EL 3:18-19). Desde un punto de vista lógico, estas palabras parecen una contradicción; la oración de Pablo es que los cristianos puedan conocer lo que no puede ser conocido. Es la manera que Pablo utiliza para resaltar el hecho que él desea que entren más profundamente en el conocimiento del infinito amor de Dios.

¿Cómo podemos comprender el infinito amor de Dios? Podemos conocerlo, pero sólo en parte. Hemos

sido tocados por ese amor, pero su plenitud nos trasciende —del mismo modo que el universo infinito escapa al ojo humano inquisidor.

Hay un himno que ha expresado este aspecto del amor de Dios en un lenguaje memorable. Fue escrito por F. M. Lehman, pero la última estrofa, y quizá la mejor, fue agregada después que se encontró escrita en las paredes de un asilo, posiblemente por un hombre que aunque estaba demente había llegado a conocer el amor de Dios.

¡Oh amor de Dios! Su inmensidad
 el hombre no podría contar,
 Ni comprender la gran verdad
 Que Dios al hombre pudo amar.
 Cuando el pecar entró al hogar
 De Adán y Eva en Edén,
 Dios les sacó, mas prometió
 Un salvador también.

¡Oh amor de Dios! Brotando está,
 ¡Inmensurable, eternal
 Por las edades durará,
 Inagotable raudal.

Si fuera tinta todo el mar,
 Y todo el cielo un gran papel,
 Y cada hombre un escritor,
 Y cada hoja un pincel,
 nunca podrían describir
 El gran amor de Dios
 Que al hombre pudo redimir
 De su pecado atroz.

Este es el canto de todo aquel que ha llegado a conocer el infinito amor de Dios por Jesucristo.

Un amor-entrega

Tercero, Dios también nos dice que su amor es un amor entrega. Esto es el corazón de Juan 3:16. "Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito". La naturaleza del amor de Dios es la entrega, y cuando nos entrega algo no es una baratija sino lo mejor. En su libro *The Four Loves* ("Los cuatro amores"), C. S. Lewis diferencia dos clases de amor, el amor-regalo y el amor-necesidad, y señala que el amor-regalo es lo que caracteriza a Dios el Padre. "El amor divino es amor-regalo. El Padre le da todo lo que tiene al Hijo. El Hijo se entrega al Padre, y se entrega al mundo, y por el mundo al Padre, y de ese modo (en él) el mundo vuelve al Padre también".³ Esto se puede apreciar claramente en el regalo de Jesús para nuestra salvación.

Hay dos sentidos en los que podemos ver el amor-regalo del Padre en la muerte de Jesús. Primero, Jesús es lo mejor que Dios tenía para dar, no hay nada que pueda compararse al Hijo de Dios. Segundo, al dar a Jesús, Dios se estaba dando a sí mismo, y no hay nada que uno pueda dar que sea mayor que eso.

Un ministro cierta vez estaba hablando con una pareja que estaba atravesando algunas dificultades en su matrimonio. Había mucha amargura y pesar, unidas a una falta de comprensión. En determinado momento el esposo, exasperado, le dijo a su mujer: "Te he dado todo", le dijo. "Te he dado una casa nueva. Te he dado un automóvil nuevo y toda la ropa que puedes ponerte. Te he dado...". Y la lista continuaba. Cuando había terminado, su mujer dijo con tristeza: "Todo lo que dices es cierto, Juan. Me has dado todo, menos a ti".

El regalo más grande que alguien puede hacer es darse a sí mismo o a sí misma; fuera de ese regalo todos los demás regalos resultan relativamente insignificantes. Dios se dio a sí mismo en Jesús.

Un amor soberano

Cuarto, el amor de Dios es un amor *soberano*. Como Dios es Dios y por lo tanto no tiene obligaciones con nadie, es libre de amar a quien él quiera. Él mismo lo ha declarado, diciendo: "A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí" (Ro. 9:13). Y también, con referencia a Israel: "No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres" (Dt. 7:7-8).

Si Dios es soberano en su amor, esto significa que su amor no puede ser influenciado por nada. Y si esto es así, es lo mismo que decir que la causa del amor de Dios descansa sólo en sí mismo. Él ama a quien desea. Esto resulta claro en ambos textos citados en el párrafo anterior. Es así que lo que importa no es que Jacob fuera más fácil de amar que Esaú y que Dios por lo tanto lo amó a él en vez de amar a su hermano, sino que Dios había puesto su amor sobre Jacob solo como un acto de su voluntad soberana. Esto lo dejó bien claro al elegir a Jacob en lugar de Esaú antes que los mellizos nacieran y, por lo tanto, antes que tuvieran la oportunidad de hacer algo bueno o malo. De manera similar, el versículo de Deuteronomio niega explícitamente que Dios amara a Israel por algo que tuviera, como su fuerza o su tamaño como nación (como nación no era nada grande). Lo que hace es afirmar que Dios los amó porque los amó.

Para la mayoría de las personas esta enseñanza no es nada popular, pero es la única manera como las cosas han de ser si Dios es verdaderamente Dios. Supongamos lo opuesto: que el amor de Dios está regulado por algo que no sea su soberanía. En ese caso Dios estaría regulado por ese algo (sea lo que sea) y entonces estaría bajo su poder. Eso es imposible si todavía ha de seguir siendo Dios. En las Escrituras no se menciona otra causa para el amor de Dios que no sea su voluntad electiva. Siempre dice "en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, *según el puro afecto de su voluntad*, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado" (Ef. 1:6).

Un segundo principio relacionado con el carácter soberano del amor de Dios no es menos importante. Es el amor de Dios extendido hacia los individuos. No se trata de una buena voluntad dirigida hacia todos en su conjunto y por lo tanto a nadie en particular, sino de un amor que separa a los individuos y los bendice específicamente y con abundancia. "El propósito del amor de Dios, formado desde antes de la Creación (comparar con Ef. 1:4), involucraba, primero, la elección y la selección de quienes serían bendecidos y, segundo, la asignación de los beneficios que les serían dados y los medios por el cual estos beneficios se podrían obtener y disfrutar.... El ejercicio del amor de Dios hacia cada pecador en el tiempo es la ejecución de su propósito de bendecir a esos mismos pecadores en la eternidad".⁴ Así escribe J. 1. Packer.

Un amor eterno

El quinto punto, y el último, que hemos de hacer sobre el amor de Dios es que es *eterno*. Del mismo modo que tendremos que encontrar su origen en la eternidad pasada, su final deberá encontrarse en la eternidad futura. En otras palabras, no tiene fin. Pablo escribe: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:35-39).

En el listado de Pablo hay dos "separadores" que pueden ser amenazas potenciales a una relación cristiana con el amor de Dios, y él niega la efectividad de ambos. El primer tipo se refiere a nuestros

enemigos naturales como personas viviendo en un mundo imperfecto y ajeno a Dios: la pobreza, el hambre, los desastres naturales y la persecución. Estos no nos pueden separar. Al leer la lista y pensar en las experiencias de Pablo como ministro del evangelio, tomamos conciencia que estas palabras de seguridad no fueron dichas a la ligera. Pablo había tenido que soportar estos enemigos en carne propia (2 Co. 6:5-10; 11:24-33). Sin embargo, no lo habían separado del amor de Dios, que es eterno. Tampoco nos separarán a nosotros si tuviéramos que pasar por dichos sufrimientos.

La segunda clase de enemigos es sobrenatural o, si preferimos decirlo de otra manera, está en la misma naturaleza de las cosas. En este caso Pablo lista la muerte, la vida, los ángeles, los poderes del demonio, y todo lo que pueda caer dentro de esta categoría. ¿Pueden separarnos del amor de Dios? Pablo responde que estas cosas tampoco nos pueden separar del amor de Dios, porque Dios es más que todas ellas.

Hay un último punto que debemos hacer. Cuando Pablo se aproxima al final de su afirmación sobre el carácter eterno y victorioso del amor de Dios, llega al punto más elevado de su epístola. Habla "del amor de Dios, [que es] *en Cristo Jesús*". Esto nos lleva nuevamente al punto de partida, que el amor de Dios se puede ver en la cruz. Pero hay un pensamiento adicional: no sólo debemos mirar a Cristo en el sentido de ver como el amor de Dios se despliega en él, sino que debemos realmente estar "en él" en el sentido de una relación personal con él por la fe, si hemos de conocer ese amor. Entonces, la pregunta es la siguiente: ¿Lo conocemos de esta manera? ¿Hemos encontrado que el gran amor de Dios es un amor para nosotros por medio de la fe en el sacrificio de Cristo? ¿Jesús es nuestro Salvador y Señor personal?

Es la única manera de conocer el amor de Dios personalmente; por lo tanto, no hay realmente otra manera de conocer el amor de Dios. Debe comenzar por nuestro compromiso con Cristo. Dios ha decretado que sólo por Cristo los pecadores pueden conocer su gran amor, infinito, dadivoso, soberano y eterno.

Notas

1. Agustín, *The Gospel According to St. John, cx, 6*, en *The Nicene and Post-Nicene Fathers*, primera serie, ed. por Philip Schaff (New York: The Christian Literature Company, 1888), vol. 7, p. 41.
2. C. S. Lewis, *The Four Loves* (New York: Harcourt, Brace & World, 1960), pp. 175-76.
3. Lewis, *The Four Loves*, p. 11.
4. Packer, *Knowing God*, pp. 112-13.